

# ***Un elefante para Oscar***

© FRANCISCO CHARTE OJEDA



Oscar miró por la ventana y vio los primeros rayos de sol rasgando la negrura del cielo, mientras escuchaba el discurrir del agua en su búsqueda del camino de encuentro con el mar. Intento imaginar los miles de seres que viajarían en ese curso, a merced de los movimientos del agua, y se preguntó si ellos estarían pensando en aquél individuo que les miraba desde la ventana.

En ese momento se dio cuenta de que la habitación que tenía a su alrededor había cambiado por completo. Sus formas y colores, el contenido, ya no eran los mismos. Incluso la ventana que tenía ante sí se transformaba de manera asombrosa. Algo maravilloso estaba a punto de ocurrir.

Sintió cómo sus piernas, primero, y el resto de su cuerpo, a continuación, flotaban al tiempo que le invadía una extraña sensación de levedad. Sólo con pensarlo se movió hasta el centro de la habitación y comenzó a girar sobre sí, admirando el fantástico escenario de colores y formas en que se habían convertido tanto el techo como las paredes.

Hasta sus oídos llegaba una suave y armoniosa melodía en la que se combinaban trinos de aves y el sonido de cientos de instrumentos de viento y cuerda. Nunca antes había sentido tanta paz, sosiego y placer, se dijo Oscar, y en ese momento despertó sobresaltado cayendo de su cama.

Ciertamente, pensó, lo que su amigo Mario le dio la noche anterior para su dolor de cabeza no era una aspirina, primero porque el dolor de cabeza seguía ahí y segundo porque si las aspirinas provocasen estos sueños se venderían en el mercado negro, no en las farmacias.

Lo que estaba claro es que parte del efecto seguía corriendo por su cerebro porque, aún despierto, continuaba viendo olas de colores que cruzaban su horizonte, allí, dentro de su dormitorio. Lo curioso es que no sentía sed. Es más, tenía la impresión de estar completamente saciado a pesar de no haber ingerido nada desde la mañana del día anterior. Tenía que llamar a Mario de inmediato para, así, salir de dudas y saber exactamente qué le estaba ocurriendo.

Tras un cuarto de hora de discutir con Mario, Oscar quedó aún más preocupado. Su amigo juraba y perjuraba que lo que él le había facilitado era un simple analgésico. Comenzó a recorrer mentalmente los pasos que había dado la tarde y noche anteriores en un esfuerzo por encontrar explicación a lo que le ocurría. A su mente venía constantemente la misma imagen, por mucho que intentase borrarla y cambiar de escenario.

La imagen que llenaba la imaginación de Oscar era la de un óvalo perfecto, una cara como nunca antes habían visto sus ojos. No sabía si era hombre o mujer, sus rasgos no facilitaban esa distinción, pero rebosaba belleza por todos sus poros y una bondad infinita se derramaba en su mirada. ¿Conocía a aquella persona? Es más, ¿era una persona?, ¿alguien real?, o, por el contrario, ¿se trataría de otra visión extraña como las que había experimentado esta misma mañana?

Ante la imposibilidad de recordar qué había hecho en las últimas horas, decidió meterse en la ducha y dejar la cabeza en blanco. Quizá el agua fresca refrescase su memoria. Se desnudó, entró en la ducha y cerró la puerta acristalada, abriendo a tope el mando del agua fría. Su cuerpo se estremeció por el contraste de temperatura y pareció despertar finalmente de aquél espantoso sueño.

Tras unos minutos de relajación bajo el agua, que ya no parecía tan fría como al principio, cerró el grifo y tomó una toalla del estante que había tras él. La abrió y se rodeó desde la espalda hacia el pecho con ella al tiempo que iba frotando suavemente, disponiéndose a salir seco del estrecho cubículo que era la ducha. Por mucho que frotaba, sin embargo, no conseguía eliminar las gotas de agua que cubrían su piel. No se explicaba qué le estaba ocurriendo.

Tiró la toalla, abrió la puerta y salió de la ducha tal cual estaba. Las gotas de agua no llegaban a caer de su cuerpo ni mojaban nada de lo que tocaba, quedando como adheridas totalmente a su piel. Algo intangible cruzó delante suyo, no pudo verlo ni oírlo pero de una extraña forma sí sentirlo. Se erizo el bello de todo su cuerpo y un escalofrío le recorrió desde la nuca hasta los pies.

Oscar estaba sólo en la sala y no entendía de que le podía estar ocurriendo. Su mente empezaba a faquear, una sensación que nunca antes había tenido. Siempre había sido una personas muy seguro de sí mismo, hasta ese momento, en el que sentía unos deseos extraños de hundirse en la tierra o golpearlo todo de manera violenta y sin sentido parapente. Cerro los ojos y espero respirando profundamente con la esperanza de despertarse sobresaltado en la cama y volver a la normalidad, pero eso ya le había ocurrido esta misma mañana. ¿Podría haberse despertado dentro del sueño y continuar soñando?. No le había pasado antes, pero siempre hay un primera vez para todo.